

3. De la hacienda al agronegocio: agricultura y capitalismo en Ecuador

LUCIANO MARTÍNEZ VALLE

LA SOCIEDAD RURAL en países pequeños y abigarrados como Ecuador ha experimentado cambios estructurales importantes: desde la concentración de la tierra, el incremento de la proletarización rural, la crisis de la economía campesina, hasta modificaciones en el paisaje rural y nuevos patrones de poblamiento e intensos procesos de periurbanización. Pero estas transformaciones se dan sobre un denominador común: la concentración de la tierra, con un índice de Gini de 0.80, sin duda, uno de los más altos de América Latina.

Los cambios experimentados durante los últimos veinte años moldean una sociedad rural bastante heterogénea y desigual, con territorios empobrecidos y dinámicas económicas importantes como producto de la desigual configuración de las estructuras agrarias y las desiguales iniciativas productivas de los actores locales. Como lo señala Kay, debido a la globalización neoliberal, se estaría consolidando una “agricultura a dos velocidades”: una empresarial orientada al mercado externo, y otra campesina que no podría aprovechar el *boom* agrícola porque no puede competir en los mercados interno y externo (Kay, 2007:36).

Un país pequeño, densamente poblado,¹ presenta la imagen de un mosaico de territorios configurados sobre una urdimbre histórica y social muy heterogénea, que explica en gran parte la actual respuesta de los productores rurales frente a la expansión y consolidación del capitalismo agrario.

Actualmente, queda fuera de discusión si el capitalismo ha logrado penetrar todas las porosidades de la sociedad rural. Lo importante es explicar cuáles fueron las formas o modalidades de esa expansión y por qué, como resultado de ese proceso, existen te-

¹ De hecho, Ecuador es el país más densamente poblado de América del Sur y el segundo más densamente poblado de América Latina con una superficie de 253 370 kilómetros cuadrados, una población de 14 483 999 habitantes y una densidad de 48.63 personas por kilómetro cuadrado.

territorios pobres y otros que más bien apuntan hacia la consolidación de procesos más equitativos e igualitarios.

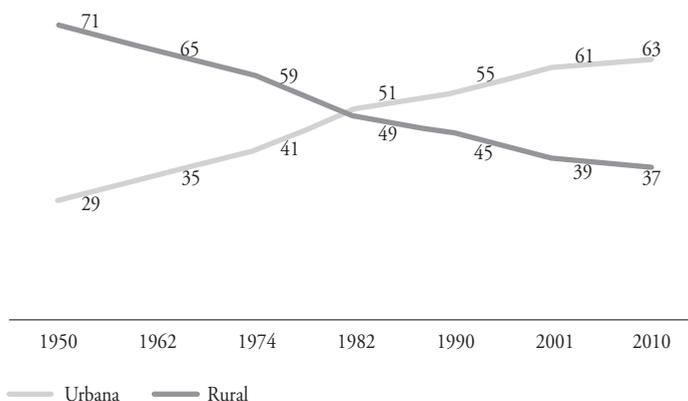
Este trabajo trata de responder a estas cuestiones y para ello se parte de un análisis de los procesos modernizadores de la sociedad rural de la década de 1980, especialmente las políticas de DRI, en un contexto donde el Estado perdía centralidad en las políticas públicas; luego se analiza la consolidación de un capitalismo agrario orientado hacia afuera y la consecuente consolidación de un modelo criollo de agro-*business* que se expande incluso en territorios de corte tradicional. Posteriormente, se analizan sus efectos diferenciados en los territorios y, finalmente, el vacío de las políticas públicas actuales frente a una sociedad rural que experimenta los mayores niveles de pobreza y desigualdad del país.

La consolidación de un capitalismo agrario concentrador de los recursos pero altamente heterogéneo

Como es conocido, el capitalismo no se ha extendido en América Latina según alguno de los modelos estudiados por los clásicos del marxismo. Es probable que en un mismo país se encuentren territorios donde se impuso un modelo parecido al “*junker*”, y otros donde se distribuyó la tierra y se desarrolló una economía campesina minifundista, similar al denominado por Lenin como “norteamericano o *farmer*”, y seguramente en otros más se desarrolló un modelo intermedio. Arrighi destaca la presencia de procesos mixtos; es decir, de varias vías de modernización en un solo territorio (*cf.* Harvey, 2009). Este autor cuestiona la tesis de la proletarización total en la modernización capitalista del agro, a partir del estudio de la región de Calabria en el sur italiano, donde encuentra tres caminos para la formación del mercado laboral en un mismo territorio: el “suizo”, la vía “*junker*” y la vía “*farmer*” (Arrighi, 1987). El modelo suizo estaría conformado por territorios donde los migrantes retornaron para invertir en la agricultura, un fenómeno que es interesante considerar en esta perspectiva en varios territorios con migración masiva desde el sector rural, como sucede por ejemplo en el sur de la sierra ecuatoriana.

En el caso ecuatoriano, las tibias políticas de reforma agraria, impulsadas en la década de 1960 y más tarde en la de 1970, nunca lograron homogenizar el espacio rural en un único modelo capitalista, aunque sí crearon las condiciones para el surgimiento posterior de una agricultura volcada hacia el exterior, una vez que se consolidó el modelo neoliberal, a fines de la década de 1980, y los campesinos perdieran la lucha por la tierra, cuando se consagró la Ley de Desarrollo Agropecuario (LDA), en 1994.

Gráfica 3.1



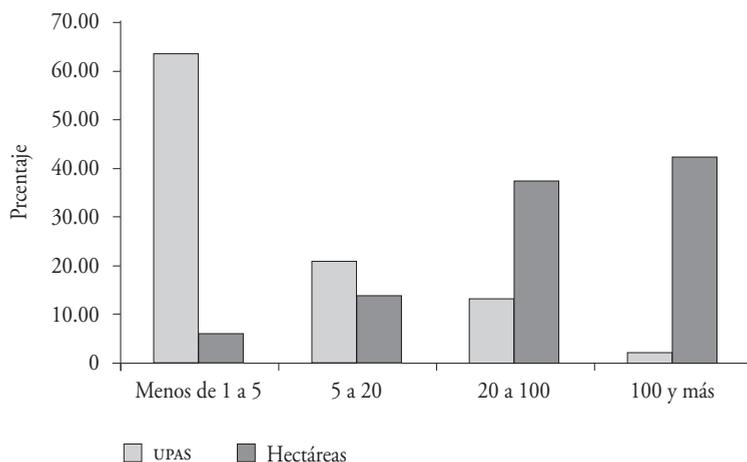
Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), Censos de Población y Vivienda.

Ecuador, como la mayoría de los países de América Latina, tiene un patrón de crecimiento de la población predominantemente urbano; así, la población rural llega a 37%, lo que marca un proceso más bien lento aunque continuo de transformación de las relaciones rural-urbanas. La población ocupada en la agricultura, no obstante, sólo representa 21% de la PEA nacional, mientras la agricultura todavía representa 17% del PIB nacional, porcentaje similar al que tenía en 1990, dado el patrón predominante de reprimitización de la economía acaecido en la última década. La población rural, que ha disminuido lentamente desde la década de 1980, no se dedica totalmente a las actividades primarias y, según los territorios, un significativo porcentaje, se vincula a otras actividades (manufactura, comercio, servicios y construcción, entre las más importantes). Esta tesis tiene su respaldo en la extrema minifundización de las parcelas, que no pueden de ninguna manera generar empleo para todos los miembros del hogar.

Los estudios agrarios de caso realizados en los últimos treinta años presentan sorpresas pues se constata que existen micromodelos, diferentes a los que supuestamente predominaban a partir de una lectura de los datos macroeconómicos. Así, por ejemplo, en el caso ecuatoriano, una lectura macroeconómica de la distribución de la tierra muestra una imagen altamente concentradora de este recurso; sin embargo, la presencia predominante del minifundio en algunos territorios, donde el latifundio no fue omnipresente en la estructura agraria, indica una distribución más democrática de la tierra, frente a otros territorios en que la gran propiedad siempre concentró la tierra y no se dieron procesos importantes de redistribución de este recurso.

No obstante, en Ecuador se ha impuesto un modelo de capitalismo agrario que implica una modernización concentradora, dado que no existió una reforma agraria que afectara profundamente a la gran propiedad.

Gráfica 3.2. Porcentaje de distribución de la tierra por estratos



Fuente: INEC-Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuacultura y Pesca (Magap)-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

Los datos de la gráfica 3.2 indican que la brecha cada vez mayor que existe entre disponibilidad de la tierra y tamaño de la propiedad, y la persistencia de un patrón concentrador de la tierra en la mayoría de los territorios.

La influencia de estructuras agrarias tradicionales puede evidenciarse todavía en el mismo paisaje agrario. Así, por ejemplo, en la sierra centro-norte salta a la vista la presencia de modernas instalaciones empresariales que substituyeron a las vetustas casas de hacienda, muchas de ellas de origen centenario (algunas de las cuales se han convertido en hoteles para turistas), y donde las vacas que bucólicamente pastaban en las praderas bajas andinas han sido reemplazadas por el mar plástico de las instalaciones de empresas florícolas. Mientras tanto, los campesinos jóvenes, que hace 10 años migraban a buscar trabajo a Quito o ciudades cercanas, ahora son asalariados de las empresas de flores, brócoli o alcachofas, ubicadas cerca de sus hogares de residencia. Allí donde anteriormente había haciendas lecheras, actualmente hay empresas florícolas o de hortalizas donde puede encontrarse trabajo.

No obstante, los evidentes cambios no siempre suponen una ruptura completa con el pasado, tal como lo señalan Pedreño y Quaranta:

Así, la reestructuración no da por resultado una nueva agricultura en el sentido de un quiebre radical con formas pasadas. Contrariamente a un proceso de cambio de estilo unidireccional, se presentan combinaciones diversas que incluyen en diferente medida –según el caso y las circunstancias– cambio tecnológico, mayores requerimientos de calidad, nuevos requerimientos de calificaciones tácitas y competencias, precarización del empleo, etc. (Pedreño y Quaranta, 2002:17).

Detrás de la modernización cabe encontrar todavía un *path dependence*, pues si bien ya no existe el sistema de hacienda tradicional que caracterizó la estructura agraria hasta los años setenta, aún subsisten, por ejemplo, ciertos comportamientos tradicionales entre la población rural que recuerdan las relaciones de dependencia entre campesinos y hacendados a pesar de que objetivamente (legalmente) ya desaparecieron hace 30 años.

Hay efectivamente una “metamorfosis” del territorio, basada en el aprovechamiento de mano de obra barata proveniente de las unidades familiares campesinas, un proceso de extracción de plusvalía que no se da a través de la relación entre peón y dueño de hacienda sino entre la empresa y el asalariado. El capitalismo de esta forma ha logrado penetrar sin mayores resistencias en lo profundo de estos territorios y articulado, para su beneficio, los recursos disponibles: tierras bajas de buena calidad, luminosidad, mano de obra barata, buena infraestructura vial. Ya no estamos en presencia de un modelo rentista de utilización del suelo, sino de un agronegocio que necesita ser competitivo para articularse eficientemente con el mercado externo.

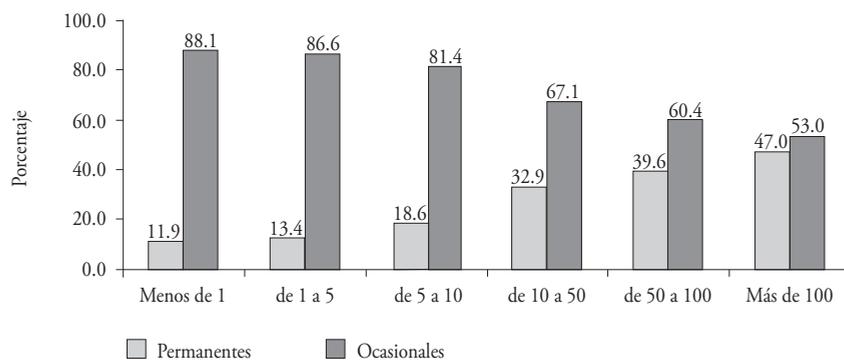
Si analizamos la mano de obra, igualmente el crecimiento del proletariado rural es un fenómeno que se ha acentuado en los últimos 10 años, en la medida en que los agronegocios han ido penetrando en los espacios tradicionalmente dedicados a actividades ganaderas en la sierra y en los espacios campesinos tanto de la sierra como de la costa.

El predominio de los trabajadores ocasionales en todos los estratos indica la presencia de un capitalismo agrario que todavía utiliza una mano de obra que pertenece a las economías campesinas, tal como puede observarse en la gráfica 3.3.

En otras palabras, y parafraseando a Marx, esta mano de obra no es “completamente libre”. Ni siquiera las propiedades de más de 100 hectáreas tienen un porcentaje mayoritario de trabajadores asalariados permanentes, lo cual mostraría la existencia de un mercado de trabajo donde predominaría lo que Marx denomina la “subsunción formal del trabajo al capital” (Marx, 1975), en especial, en las propiedades de menos de 10 hectáreas pertenecientes, sin duda, a estratos de campesinos pequeños que no disponen de

suficiente capital para contratar trabajadores permanentes, pero que utilizan la mano de obra proveniente de trabajadores sin tierra o con muy poca tierra para labores cortas y precisas, ya sea en la siembra o en la cosecha.

Gráfica 3.3. Tipo de mano de obra utilizada según tamaño de la propiedad



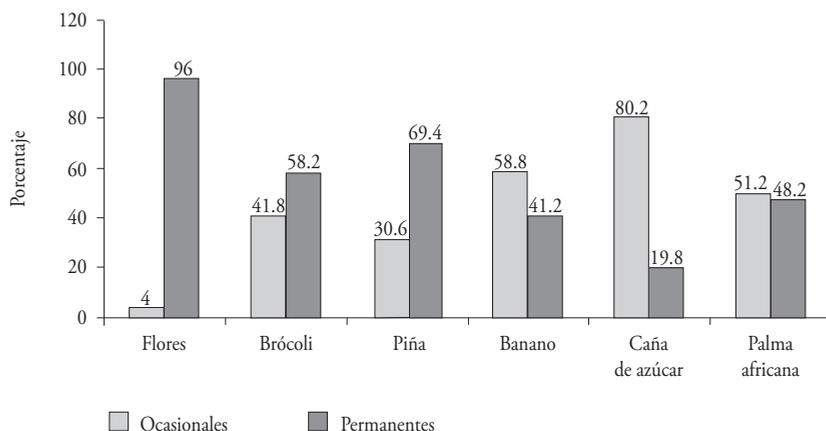
Fuente: INEC- Magap-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

Otra lectura alternativa de la gráfica 3.3 indicaría que existe una masa de campesinos con poca tierra y un excedente de fuerza laboral disponible para ser utilizado por las empresas de diverso tamaño, mayormente como trabajadores ocasionales; en otras palabras, una masa de semiproletarios rurales, todavía vinculados a las unidades campesinas, que son la base para la formación de mercados de trabajo nada transparentes desde el punto de vista capitalista.

No obstante, esta visión demasiado macroeconómica de la mano de obra debe ser matizada por un acercamiento a los tipos de agricultura existentes en los territorios, algunos de los cuales no requieren demasiada tierra, pero sí altos volúmenes de inversión de capital, como las plantaciones de flores, hortalizas y, en general, los denominados “nuevos productos de exportación”, entre los que se incluyen frutas exóticas.

Al contrario de lo que sucede en el mercado de trabajo nacional, en el mercado específico de los nuevos cultivos de exportación predominan los trabajadores permanentes, a excepción de los cultivos de espárrago, mango y maracuyá. Sobresale el predominio de asalariados permanentes en las flores, un cultivo que se realiza bajo los parámetros de una agroindustria de tipo fordista, normalmente en invernaderos. Los otros cultivos, en cambio, se dan en campo abierto, lo que facilita la participación de trabajadores ocasionales.

Gráfica 3.4. Tipo de trabajadores según cultivos



Fuente: INEC- Magap-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

Estos dos patrones de utilización de la mano de obra tienen mucho que ver con la mayor o menor disponibilidad de trabajadores en los territorios de la sierra o de la costa. La expansión del brócoli, por ejemplo, se realiza desde los años ochenta y se concentra en la sierra (99%), especialmente en las provincias de Cotopaxi, Pichincha e Imbabura (Le Gall, 2008); demanda una mano de obra permanente, pero en la medida en que se trata de un cultivo de hortalizas no requiere de una mano de obra especializada y las tareas pueden realizarlas campesinos en forma ocasional, con lo cual se acopla perfectamente a las necesidades de la empresa (mano de obra barata) y de los campesinos (ingresos adicionales a la unidad familiar).

La dualidad de la mano de obra, trabajador permanente-trabajador ocasional, más allá de las cifras, muestra un proceso en el que el capitalismo agrario se amolda a las situaciones encontradas en los territorios (disponibilidad de mano de obra, situación de crisis de las unidades familiares, grado de educación de la población rural). En este sentido, en aquellos territorios donde la economía campesina se encuentra en crisis y se ha incrementado el número de trabajadores sin tierra, las empresas capitalistas pueden reclutar mano de obra asalariada sin mayores trabas (como sucede por ejemplo en las áreas de cultivos tradicionales como el banano), mientras que en aquellas donde la economía campesina todavía dispone de recursos, la vinculación salarial todavía encontraría fuertes resistencias, en la medida en que, aunque existiera mano de obra excedentaria, sólo la oferta de buenos salarios podría inducir a la formación de una proletarización masiva.

Como lo plantea Arrighi (1987), pueden presentarse situaciones en que la presencia de las economías campesinas sean importantes para las empresas, sobre todo porque una parte de la reproducción de la mano no corre por cuenta de los capitalistas, y los salarios, en estas condiciones, conforman una parte importante de la competitividad de las empresas; más cuando sus productos se orientan hacia el mercado mundial (caso de los nuevos y viejos productos de exportación de Ecuador).

Lo interesante del caso ecuatoriano es que los nuevos cultivos de exportación demandan en el momento actual, un mayor porcentaje de trabajadores permanentes, frente a los cultivos tradicionales de exportación que utilizan en forma predominante trabajadores ocasionales. En los territorios donde predomina la utilización de trabajadores permanentes, independientemente de la alta presencia de unidades familiares o campesinas, la situación de la mano de obra es superior a aquellos donde predominan trabajadores ocasionales (permanentemente ocasionales), sometidos a intermediarios, condiciones de trabajo precario, con bajos salarios y bajos niveles de organización, como en los territorios con plantaciones de banano (Martínez, 2004).

Esta dinámica empresarial ha reconfigurado los territorios, ahora especializados en la producción para el mercado externo; las empresas controlan las mejores tierras, sean altas o bajas, se aprovechan de la infraestructura modernizada actual, de la mano de obra local y de la cercanía a ciudades importantes (base logística para la exportación al mercado mundial). Así, pueden identificarse claramente territorios de producción de flores, brócoli, ganadería de leche, banano, palma africana. Sin duda, estos procesos conforman la parte visible del problema, el iceberg, que en algunos territorios ya está consolidado, mientras que en otros desestabilizan la economía campesina y generan importante “desterritorialización”,² de lo que obtienen beneficios los agronegocios instalados en los últimos 30 años. Procesos similares se estarían dando en otros países de la región como, por ejemplo, las transformaciones que ocurren en el norte de Perú donde los agronegocios “han generado una transformación radical de los paisajes, de los sistemas de producción y de actividad en pocos años” (Mesclier, 2011:335).

La reflexión realizada hasta aquí, permite una conclusión preliminar sobre el carácter desigual del capitalismo agrario, lo que territorialmente implicaría que no siempre existe un modelo idéntico de articulación entre economía campesina y agronegocios. Pecqueur, al referirse al predominio del modelo productivista en el sector rural, incluso en un país desarrollado como Francia, considera al menos tres opciones en los

² Recogemos la definición de “desterritorialización” señalada por Entrena Durán (2009), cuando hay una desconexión entre “agricultura y territorio o entre agricultura y alimentación”, lo que puede conducir hacia procesos de “desertificación social”, cuando la población empieza también a migrar del territorio.

territorios: *a*) territorios con una fuerte presencia del modelo productivista, con pocas posibilidades de articular una alternativa que responda a un modelo territorial de base local; *b*) territorios donde está presente el modelo productivista pero sin destruir la producción tradicional; *c*) territorios que no conocieron el productivismo y que pueden “saltar a un modelo posproductivo basado en sus recursos locales” (Pecqueur, 2009:54). Esta tipología podría perfectamente ser replicada en el caso ecuatoriano para explicar el funcionamiento de los agronegocios en los territorios. Así, por ejemplo, el primer modelo se aplicaría a los territorios de predominio del banano y, más recientemente, de palma africana en la costa. El segundo modelo correspondería al de las flores y hortalizas desarrollado en los últimos 10 años en la sierra. Mientras que el tercer modelo es el de territorios minifundistas articulados a mercados locales gracias a la pluriactividad, como sería el de Tungurahua, Azuay, en la sierra, donde el agronegocio no puede desarrollarse dadas las condiciones históricas suigéneris de falta de haciendas tradicionales y la presencia de una estructura agraria más democrática.

Esta pista, importante para el análisis, de la presencia de los agronegocios rurales permite articular los procesos estructurales con el territorio. Así, por ejemplo, la concentración de la tierra en el primer tipo de estructuración territorial ha tornado el proceso “irreversible”, dado el peso económico, político y social de las empresas, la desarticulación acelerada de la producción familiar y la desorganización social de los trabajadores asalariados. También permite observar las posibles respuestas de los productores locales (pequeños o medianos) en los territorios donde el agronegocio no arrasó con ellos; en este caso, la concentración de la tierra es débil o simplemente no existe. Las implicaciones para un diseño más diferenciado de políticas públicas territoriales saltan a la vista, pero no ha sido así en Ecuador, tal como se analizará a continuación.

¿Las políticas DRI: una real alternativa para los pobres rurales?

En Ecuador, durante cerca de 40 años se han implementado proyectos de desarrollo rural por el Estado, ONG, iglesias e instituciones de desarrollo, pero el resultado ha sido que la pobreza en lugar de disminuir fue aumentando, no mejoraron los ingresos ni el empleo, ni se detuvo la migración campo-ciudad; es más, ahora hay en algunas zonas un flujo importante de migración internacional y, en general, las condiciones de desigualdad social se incrementaron. Esta innegable constatación induce a plantear dos hipótesis básicas: o el desarrollo rural no estaba orientado a buscar solución para los pobres rurales o la efectividad de los proyectos de DRI ha sido prácticamente nula. En todo caso, en el país todavía se pretende continuar con nuevas olas de “proyectismo”; es

decir, con proyectos de desarrollo rural, aunque se maquille su denominación, incluido el membrete territorial, como si no hubiera pasado nada en el medio rural en más de un cuarto de siglo.

Las dos últimas grandes experiencias de desarrollo rural en Ecuador: el Proyecto Nacional de Desarrollo Rural (Pronader, 1990-2000) y el Proyecto de Reducción de la Pobreza y Desarrollo Rural Local (Prolocal, 2002-2006), constituyen casos representativos de los frustrados intentos por concretar una política orientada a la vinculación de campesinos “viables” al mercado, como alternativa a la reforma agraria, utilizando como justificación la reducción de la pobreza rural.

Hay que anotar que en el caso ecuatoriano el entorno macroeconómico no fue favorable para el campesinado ni para el sector rural en general. A partir de 1980, el efecto de las políticas de ajuste, el desmantelamiento progresivo de las instituciones estatales presentes en el campo, la flexibilización laboral y el apoyo a una política aperturista en desmedro del mercado interno, han pesado sobre la viabilidad de las economías campesinas.

El Pronader y la visión agrarista del desarrollo rural

El enfoque del Pronader fue el típico ejemplo de un proyecto agrarista que mira el sector rural como poblado por campesinos cuyas únicas actividades son la agricultura o la ganadería, sin considerar los importantes cambios que se habían dado en la estructura del empleo. No obstante, hacia 1990 ya se disponía de estudios que proponían, en forma diferenciada, problemas como la multiocupación, los mercados segmentados de trabajo, y el origen diverso de los ingresos que no fueron considerados en el diseño de los componentes (Martínez, 1995).

De hecho, en las áreas del Pronader existían varios tipos de campesinos que recibieron una propuesta de desarrollo rural sin mayor participación y sin considerar sus demandas reales. De allí que, por ejemplo, sólo en el caso de la cuenca del Guayas se haya logrado un efecto positivo en los ingresos;³ en otras palabras, se trataba de un programa diseñado para campesinos con buenas tierras, cultivos mercantiles, experiencia en adopción de tecnologías, y no necesariamente para los campesinos pobres, especialmente la población indígena de la sierra. Sin embargo, es importante destacar que los mejores resultados se lograron precisamente en áreas de intervención de la reforma agraria, pues

³ Así, por ejemplo, de 12 áreas del Programa Nacional de Desarrollo Rural y Urbano Sostenible, sólo se registraron incrementos importantes en cuatro áreas de la costa y una de estribaciones (Martínez, 2003).

los campesinos de la costa húmeda (especialmente de las áreas arroceras) son en su gran mayoría beneficiarios de las leyes de abolición del trabajo precario de 1970.

El mercado fue prácticamente ignorado en las estrategias del Programa. A pesar de que un importante porcentaje de productores son principalmente mercantiles, no se desarrollaron propuestas innovadoras para crear alternativas de comercialización basadas en la calidad y en nuevos nichos de mercado.⁴ El impulso a las pequeñas empresas no generó los resultados esperados, en gran parte por su falta de encadenamiento con los recursos de los campesinos y su poca viabilidad gerencial. Las aptitudes empresariales se construyen lentamente en el medio rural y no son el resultado inmediato ni de la disponibilidad de recursos financieros en pequeña escala ni del incremento de la educación y formación de capital humano. Es más importante recuperar las iniciativas de los productores campesinos y con esas experiencias crear miniencadenamientos artesanales y horizontales, en pequeña escala, que dinamicen productivamente los territorios.⁵

En la mayoría de las áreas se realizó un trabajo sin mayor coordinación con las organizaciones campesinas más importantes. El método de trabajo privilegiado fue la formación de grupos ad hoc de campesinos que se convirtieron en los beneficiarios privilegiados en capacitación y asistencia técnica. ¿Cuán diferente es esta metodología de trabajo del tradicional clientelismo que siempre se ha criticado? Finalmente, tampoco se consideró una perspectiva de transferencia local, es decir, no se preparó a las organizaciones, actores o instituciones locales para que, a la terminación del proyecto, asumieran las actividades, miniproyectos, obras y recursos.

El Prolocal y la visión empresarial del desarrollo rural

En enfoque del Prolocal se centraba en una dimensión de encadenamientos productivos y servicios financieros como base del desarrollo local y una propuesta para incluir a los actores y gobiernos locales en las decisiones de los proyectos.

Las zonas elegidas no eran nuevas, pues la mayoría de ellas habían pertenecido a la generación anterior de proyectos de DRI, lo que muestra que el criterio predominante no fue la elección de las áreas más pobres del país sino aquellas donde obstinadamente

⁴ Sólo 15% de las fincas destinaban la producción para autoconsumo, mientras que 85% lo destinaban a la venta e incluso 30.2% al procesamiento de productos en forma artesanal (Martínez, 2003, núm. 139).

⁵ En varias áreas del Programa Nacional de Desarrollo Rural y Urbano Sostenible existían estas posibilidades que lamentablemente no fueron aprovechadas, por ejemplo, los productores de panela y aguardiente ubicados en las áreas subtropicales de estribaciones hacia la costa y los productores familiares de queso y lácteos en las áreas de la sierra.

se había insistido durante varias generaciones de proyectos. Las seis microrregiones, como se las denominaba, no fueron elegidas bajo el criterio de “territorios” en el sentido propuesto por Pecqueur, esto es, como “entidades socioeconómicas construidas”; es decir, como “la constitución de un espacio abstracto de cooperación entre diferentes actores para engendrar recursos particulares y soluciones inéditas” (Pecqueur, 2009:5).

La hipótesis que sostenemos es que en esta nueva propuesta se escogieron zonas de campesinos viables, es decir que contaban con recursos para insertarse en el mercado, sin considerar las características de los territorios ni los procesos sociales que existían en ellos, ni el grado de presencia de los agronegocios ni el nivel de capital social existente (Martínez, 2009:29).

Los esfuerzos del Prolocal se centraron en crear capacidades empresariales entre los campesinos de cada microrregión; sin embargo, la mayoría de estos proyectos productivos se concentraron en actividades agrícolas que tuvieran condiciones para un encañamiento con las agroindustrias locales. Esta experiencia sólo benefició a los campesinos con recursos orientados hacia la producción de arroz, maíz, cacao, café; es decir, insumos que pueden abastecer la cadena productiva controlada por los agronegocios. De hecho, la articulación más exitosa fue aquella que se concretó entre los pequeños campesinos productores de maíz de la zona de la microrregión de Los Ríos con la empresa Pronaca, que controla monopolícamente la producción nacional de huevos, aves y cerdos bajo la modalidad de agricultura por contrato (Vinueza, 2009; Yumbra, 2011). Esta relación más bien consolidaba un modelo de “agricultura de contrato muy precario que aunque no se cristaliza en las modalidades de integración vertical plenamente capitalistas, oculta la condición de proletarización de los campesinos que sólo formalmente continúan siendo independientes” (Martínez, 2009:32).

En las áreas con potencialidad más productivas del Prolocal (cuenca del Guayas) ya se habían instalado desde la década de 1950 las plantaciones capitalistas de banano y, más recientemente, los agronegocios, de modo que la acción del proyecto sólo cubría los márgenes del territorio; es decir, donde todavía existían bolsones de producción familiar campesina. En estas condiciones, las acciones del proyecto no tenían mucho espacio para incubar procesos de desarrollo endógeno y, en la mayoría de los casos, terminaban favoreciendo la estrategia de los agronegocios, tal como sucedió, por ejemplo, con la articulación mencionada de los productores de maíz con la empresa Pronaca. Mientras tanto, los jóvenes se encontraban vinculados a las plantaciones como mano de obra asalariada bajo modalidades precarias y no tenían demasiado interés en participar en proyectos únicamente basados en la agricultura (Martínez, 2004).

En la medida en que no se consideraron alternativas de trabajo extra agrícolas como eje de la generación de empleo en las microrregiones del Prolocal, las actividades agrope-

cuarias impulsadas con el encadenamiento a las agroindustrias no lograron sino modestos resultados en el ingreso y empleo.⁶ En estos territorios existe una real desvalorización del trabajo agrícola entre la población joven, que prefiere vincularse como trabajador asalariado o busca el horizonte de la migración interna o externa, de manera que se corre el riesgo de que los proyectos productivos de corte agrícola queden en manos de la población más vieja, con lo cual las posibilidades de una vinculación productivista, basada en la adopción de nuevas tecnologías, manejo y gestión empresarial disminuyen aún más.

Finalmente, uno de los problemas más estratégicos de esta experiencia radicaba en la debilidad del capital social, en dos dimensiones: *a*) la presencia de relaciones clientelares en las organizaciones de base, y *b*) la inexistencia de una mínima arquitectura organizativa institucional local, para capitalizar las experiencias tanto inducidas a través del Prolocal como aquellas que existieran internamente como producto de la misma dinámica de los productores rurales. Las microrregiones tenían experiencias en acciones colectivas, más consolidadas en la sierra y muy débiles en la costa; pero, en general, los planteamientos del programa no estaban dirigidos hacia la consolidación de experiencias productivas colectivas, sino más bien de empresas familiares. Ahora bien, la experiencia en el caso ecuatoriano muestra que éstas sólo tienen éxito cuando existen otras condiciones socioeconómicas que facilitan y capitalizan los esfuerzos ya sea individual o familiarmente. Así, por ejemplo, la experiencia del territorio de Tungurahua muestra que además de la iniciativa familiar, había una distribución de la tierra más equitativa, un mercado regional dinámico con eje en la ciudad de Ambato, buena infraestructura vial, economías de proximidad, multiocupación rural, etcétera (Martínez y North, 2009).

En la perspectiva del capital social existía una debilidad interna que se manifestaba en la poca capacidad asociativa de los actores sociales y no existían redes o vínculos sociales fuera de las comunidades, lo que Granovetter denomina “vínculos débiles”, que potencialicen sus experiencias territoriales (Granovetter, 2000). De esta forma, la apuesta hacia del desarrollo local quedaba únicamente en manos de los pocos actores empresariales que lograron aprovechar los mecanismos de inserción mercantil del programa; en definitiva:

Todavía está vigente un proyectismo desde abajo, esto es, que responde a la demanda de aquellos grupos que pueden elaborar un proyecto, comprometer un pequeño financiamiento (endeudamiento) y entrar en la lógica de un comportamiento empresarial subordinado al de las grandes empresas o agroindustrias (Martínez, 2009:40).

⁶ “El incremento promedio en las áreas del Programa Nacional de Desarrollo Rural y Urbano Sostenible fue de 203 dólares por familia y de 0.8 miembros por unidad familiar” (Martínez, 2009:36).

Una tendencia que, como analizo más adelante, parece ser la que ha escogido el actual gobierno a través de los denominados “negocios inclusivos” que ocultan las verdaderas intenciones de los agronegocios en su vinculación con la producción campesina.

Los agronegocios como eje del desarrollo capitalista actual

A partir de los años ochenta, como resultado de las políticas de ajuste de corte neoliberal se abrió un proceso importante de valorización del espacio rural, liderado por las empresas capitalistas. Lo interesante es que no se concentró únicamente en aquellos territorios de antiguo dinamismo productivo, ubicados en la costa y orientados al mercado externo, sino también en los territorios hasta ahora más vinculados con el mercado interno y poblados densamente por campesinos e indígenas, ubicados en la sierra ecuatoriana. Esta tendencia tiene una estrecha relación con la apertura de la economía hacia el exterior y el apoyo a los nuevos cultivos de exportación (flores, hortalizas, frutas), así como también a la producción de camarones, palma aceitera y bosques. Este portafolio de nuevos productos orientados a la exportación y que se sumaban a los viejos y tradicionales productos (banano, cacao, café) terminó por marcar claramente la tendencia hacia la primarización de la economía nacional. En el caso ecuatoriano no puede hablarse de una reprimarización, pues la economía, en el siglo xx, nunca tuvo como eje central de crecimiento a la industria, tal como sucedió en los países más grandes de América Latina.

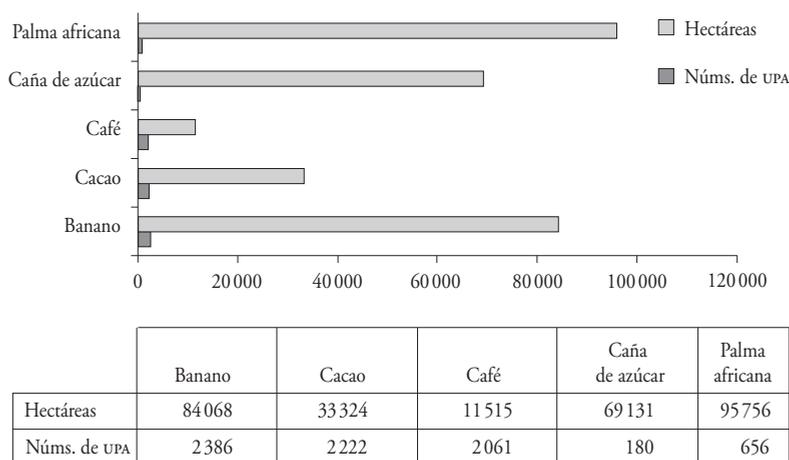
En este acápite retomo la tipología, señalada por Pecqueur (2009), para analizar las tendencias actuales del modelo de desarrollo de la agricultura basada en los agronegocios, sobre una base territorial específica. Ciertos cultivos vinculados con la agroindustria se han ubicado en territorios donde su relación con el mercado mundial es de vieja data (cuenca del Guayas), mientras nuevos cultivos se han instalado en territorios de una más reciente relación con el mercado mundial (sierra centro-norte). Los efectos socioeconómicos en el territorio, por lo mismo, son diferenciados: acentuados procesos de desterritorialización en los primeros, mientras que, en los segundos, la agricultura familiar ha quedado reducida al rol de bolsón de oferta masiva de fuerza de trabajo para abastecer las necesidades de las plantaciones capitalistas de nuevos productos de exportación.

a) Los agronegocios en territorios de vieja vinculación con el mercado mundial

Al patrón tradicional de la agricultura costeña, conformado por el banano, caña de azúcar, café y cacao, se suman el cultivo de palma africana y las plantaciones forestales,

basadas en la concentración de la tierra, la utilización de mano de obra barata y el aprovechamiento de las políticas públicas en su favor.

Gráfica 3.5. Cultivos en propiedades de más de 100 hectáreas



Fuente: INEC-Magap-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

Estos datos muestran claramente que los cultivos de palma aceitera, caña de azúcar y banano corresponden a un patrón de desarrollo y expansión de una agricultura empresarial vinculada a la agroindustria, que se expandía y consolidaba en las provincias de la costa: Guayas, Los Ríos, Esmeraldas. El café, y en menor medida el cacao, se encontraba en manos de pequeñas y medianas propiedades y no era objeto de interés de las grandes explotaciones.

Este modelo se consolidaba sobre todo a través de la concentración de la propiedad, en territorios que disponen de la mejor tierra del país, como es el caso de la cuenca del Guayas. Un proceso lento y larvado que ha llevado a la desestabilización de las economías campesinas que habían disputado los recursos a los hacendados a través de la Reforma Agraria de 1973.⁷

⁷ La reforma agraria de 1973 significó una importante distribución de la tierra a través de la eliminación del trabajo precario y la orientación de estas tierras al cultivo del arroz.

Cuadro 3.1. Grupos agroempresariales por cultivo

<i>Cultivos</i>	<i>Grupos empresariales</i>	<i>Núm. haciendas</i>	<i>Hectáreas</i>
Banano	3	35	40 489
Caña de azúcar	6	7	68 268
Palma africana	4	6	45 296
Forestales	6	n.d	101 500*

Fuente: INEC-Magap-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

* Comprende propiedades y concesiones estatales.

En el caso del banano, se trata de tres grupos empresariales, asentados en las provincias de Guayas, Los Ríos y El Oro, que al mismo tiempo que monopolizan tierras mantienen contratos con agricultores medianos y pequeños. El más importante de estos grupos empresariales es el grupo Noboa, propiedad de Noboa Naranjo conocido por ser el eterno aspirante a la presidencia de la república y también por su oposición a la formación de sindicatos entre sus trabajadores y la manera de explotación permanente de sus trabajadores.

En el caso de la caña de azúcar, el nivel de concentración de la tierra es aún mayor. Se trata de grupos económicos de vieja data, orientados hacia la producción de azúcar, principalmente para el mercado interno.⁸ Recientemente, han desarrollado la estrategia de vinculación con pequeños y medianos productores de caña, sobre todo luego que el gobierno actual ha propuesto un programa de apoyo a la producción de biocombustibles. Estas plantaciones se ubican mayormente en un territorio estratégico situado en las provincias de Guayas y Cañar, donde se concentraría 81% de la superficie de estas haciendas.

El caso de la palma africana es más reciente (década de 1970) y se ubica en los territorios del noroeste del país, especialmente en las provincias de Esmeraldas, Santo Domingo de los Tsachilas y noroccidente de Pichincha. El grado de concentración de este grupo empresarial es el más alto, dado su mayor nivel de integración con la agroindustria productora de aceites, jabones y otros derivados. El patrón de crecimiento de las empresas es muy agresivo y se basa en el control de importantes territorios a costa de los pequeños campesinos que habitan en el *hiterland* de las plantaciones, tal como lo analizo más adelante. No obstante, también existe una importante vinculación de las

⁸ Según Sabine Fischer, los ingenios azucareros fueron formados ya a principios del siglo xx por fracciones del capital de terratenientes cacaoteros en crisis y del capital financiero-comercial (Fischer, 1983).

empresas de transformación (extractoras de aceite) con pequeños y medianos productores de estos territorios.

Un último caso de concentración territorial es de las empresas forestales, ubicadas tanto en la provincia de Esmeraldas como en la Amazonia ecuatoriana. La presencia de estas empresas está asociada al capital nacional y extranjero y, aunque no se puede hablar de la presencia de “*land grabbing*”, se trata de una producción orientada hacia la exportación que se expande sobre territorios de poblamiento de afroecuatorianos en Esmeraldas y de población indígena en la Amazonia. Estas empresas además de realizar una actividad que atenta contra el medio ambiente,⁹ generan gran inestabilidad entre la población nativa y campesina.

El desarrollo del capitalismo basado en la consolidación de los agronegocios en estos territorios tiene efectos negativos importantes sobre la población campesina, que sintetizo a continuación:

1) La expansión de los cultivos implica la concentración de la tierra a expensas de los pequeños propietarios y campesinos que se ubican en las proximidades de estas plantaciones. Las empresas, en cierto sentido, acosan a los campesinos para que les vendan las tierras y, para ello, utilizan métodos que van desde la compra hasta la coerción y amenazas, tal como sucede, por ejemplo, en las plantaciones de banano en la provincia de Cotopaxi, de palma africana en la provincia de Los Ríos o en las plantaciones forestales en la provincia de Esmeraldas.

Según un estudio reciente, en la provincia de Los Ríos, las empresas palmicultoras intentan ampliar sus recursos con todos los mecanismos posibles:

En todos estos casos se observa que los mecanismos de presión para que los campesinos abandonen las tierras van desde las amenazas y los desalojos forzados (que se llevan a cabo en complicidad con la fuerza pública y ciertos gobiernos locales) hasta el intento de una negociación “voluntaria” con ellos. Cuando se resisten a vender sus activos productivos surgen otros mecanismos “invisibles”, que van desde la presencia de testaferros hasta la criminalización y persecución de dirigentes, presencia de agentes y comerciantes de tierra en los

⁹ Así, por ejemplo, la deforestación en la provincia de Esmeraldas ha significado que se pase de 1.5 millones de hectáreas de bosque hacia 1970 a sólo 270 000 hectáreas hacia 2005 (El Comercio, 21 de julio de 2005). Otro ejemplo de la forma como actúan las empresas madereras es el caso de Endesa-Botrosa que se apropió ilegalmente de 3 420 hectáreas de bosque del predio Pambilar en la provincia de Esmeraldas que pertenecían al patrimonio forestal del Estado. Finalmente, este predio fue revertido al Estado el 22 de diciembre de 2010, luego de 14 años de explotación por esa empresa (Acción Ecológica, 2011).

recintos, obstrucción en la legalización de tierra, presencia de civiles armados y matones, etc. (Jácome y Landivar, 2009:196).

Otro ejemplo de la presión ejercida por los agronegocios es el de la empresa de capital extranjero Eucapacific, que opera en la provincia de Esmeraldas, y posee 14 000 hectáreas, 10 500 de las cuales son de eucalipto, exportado como chips a la Mitsubishi Paper Mills en Japón para la fabricación de papel (Gerber y Veuthey, 2010). Esta empresa comenzó comprando tierra a medianos y grandes propietarios, para luego pasar a comprar tierras conlindantes que pertenecen a pequeños propietarios. Utiliza varios mecanismos coercitivos que obligan a los campesinos conlindantes a venderles las pequeñas propiedades que todavía quedan en las proximidades de las plantaciones.

Una manera fue prohibirles el paso a través de las propiedades recién adquiridas de la empresa –incluso si los senderos eran viejos y usados diariamente– por medio del uso de guardias de seguridad y la amenaza de multas. También se eliminó el pasto de los animales como amenaza para las plántulas y a las personas eran un riesgo de incendio. Otros métodos incluían el boicot a la producción de los campesinos y el acoso a través del robo y daño a sus cultivos, así como mediante de la aspersión de agroquímicos (Gerber y Veuthey, 2010:465).

2) Un segundo aspecto derivado de la pérdida de la propiedad es el incremento de la población asalariada, puesto que muchos campesinos se quedan con poca o ninguna tierra y se ven obligados a trabajar en las plantaciones con bajos salarios y relaciones precarias. En estos territorios se forman verdaderos bolsones de fuerza de trabajo barata a disposición de los agronegocios, un verdadero “ejército rural de reserva” que desvinculado de sus propiedades busca asentarse en pequeños recintos o pueblos que crecen en forma desmedida, sin servicios básicos ni infraestructura social y educativa. Allí es donde se concentra en mayor proporción la población rural más pobre del país. Sorprendentemente, la pobreza rural es más significativa en los territorios con presencia de agronegocios que en las zonas indígenas de la sierra, como aparentemente podría pensarse. Así, las provincias con el mayor número de pobres rurales son Guayas, Los Ríos y Manabí, ubicadas en la costa ecuatoriana (Chiriboga y Wallis, 2010).

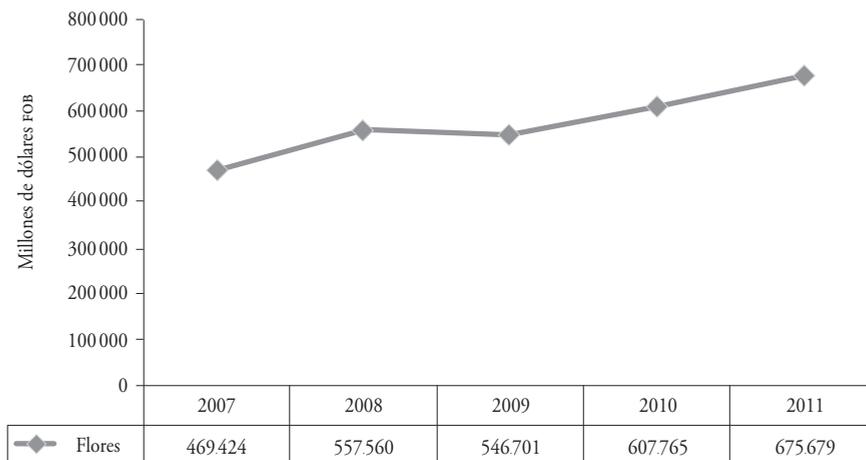
b) Los agronegocios ubicados en territorios de densa población campesina de la sierra

El proceso de valorización de las tierras de altura, ubicadas por sobre los 2 500 metros de altitud y pobladas por comunidades indígenas y campesinos serranos, empezó a de-

sarrollarse en los años ochenta con el cultivo de flores en las provincias de Pichincha e Imbabura en el centro-norte del país, pero desde hace unos 10 años también en otras provincias del centro y sur del país. En alguna de ellas, por ejemplo Cotopaxi, se ha desarrollado también el cultivo de hortalizas (brócoli, espárragos y alcachofa), orientados igualmente al mercado mundial.

Se trata de un proceso de inversión de capital extralocal y en algunos casos también extranjero que valoriza el recurso tierra anteriormente orientado a la ganadería de leche y aprovecha las ventajas comparativas que ofrecen estos territorios: mano de obra barata, luminosidad permanente, buena infraestructura vial, cercanía a los aeropuertos de embarque, etcétera. Estos elementos han permitido que la producción de flores se posicionara ventajosamente en el mercado mundial dentro del rango premium, mientras Ecuador es actualmente el quinto país exportador de flores en el mundo e internamente las exportaciones de flores se ubican en el tercer lugar dentro de la economía (Rubio, 2008:36). Así, las exportaciones de flores alcanzaron a representar, en 2011, 53.4% del total de las exportaciones de productos primarios no tradicionales, lo que señala la importancia que tiene este agronegocio en la economía del país.

Gráfica 3.6. Exportación de flores



Fuente: Banco Central del Ecuador, 2012.

El capital entra a los territorios, se valoriza y sale normalmente a las grandes ciudades en un proceso de rotación rápido que genera una acumulación basada en la explotación

de la mano de obra indígena local. En este modelo, el agronegocio no requiere un proceso de concentración de tierra importante, pues, como es conocido, la producción de flores se realiza en invernaderos, muchos de los cuales han sido comprados o arrendados a los mismos hacendados locales.¹⁰

Cuadro 3.2. Número de florícolas y hectáreas

<i>Estratos en hectáreas</i>	<i>Número</i>	<i>Hectáreas</i>
Menos de 3	134	184.1
De 3 a 20	288	2.552
De 20 y más	25	768.5
Total	447	3504.6

Fuente: Magap-Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (Sigagro)-Senacyt, Proyecto Sigflores 2009-2010.

Como puede constatar, el número de hectáreas dedicadas a la producción de flores no sobrepasa las 4 000 hectáreas, pues predominan las empresas florícolas de tamaño pequeño y mediano. En cambio, es una actividad que demanda mucha inversión de capital, dados los altos costos de producción por hectárea.¹¹ Si bien no hay concentración de tierra, sí hay concentración del agua dados los altos niveles de utilización de este recurso, mayoritariamente controlado por las empresas florícolas en el territorio.¹²

Lo más importante es disponer de una abundante mano de obra, que en este caso proviene de las comunidades indígenas aledañas o de las economías campesinas cercanas a las plantaciones de flores y hortalizas. En estos territorios, la presencia de las economías campesinas es central para la estrategia de los agronegocios, pues, por un lado, abastecen de mano de obra barata a empresas que son intensivas en el uso de la fuerza de trabajo y, por otro, abaratan el costo de la mano de obra, en la medida en que una

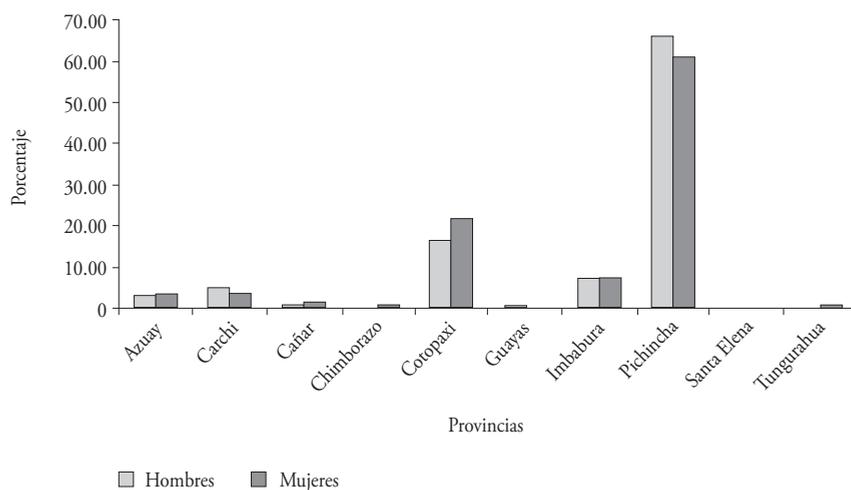
¹⁰ Según algunos estudios, la mayoría de las naves de producción de flores (invernaderos) son pequeños, de 10 por 20 metros cuadrados, pero para que sean rentables se requiere disponer de 30 hectáreas (Rubio, 2008:41).

¹¹ Para instalar una hectárea de producción de rosas se necesitaban 300 000 dólares, y de 6 a 8 hectáreas para que la finca fuera competitiva (Fenacle *et al.*, 2011:7). Según Rubio (2008:41), la inversión por hectárea llegaría a 10 000 dólares.

¹² Algunos estudios señalan que existe una alta demanda de agua en las florícolas, donde se utilizan hasta 900 000 litros de agua por mes y por hectárea, mientras que la agricultura campesina sólo requiere de 1 000 litros al mes por hectárea (Weemalls, 2009, núm. 10).

parte de la reproducción de la fuerza de trabajo corre por cuenta de la familia campesina asentada en las proximidades de las plantaciones.

Gráfica 3.7



Fuente: Magap-Sigagro-Senacyt, Proyecto Sigflores 2009-2010.

Las provincias que concentran el mayor número de trabajadores son Pichincha, Cotopaxi e Imbabura, ubicadas en la sierra centro-norte y pobladas por comunidades indígenas que han experimentado en los últimos 10 años una progresiva transformación en sus patrones tradicionales de reproducción, en su nivel de organización social y, en general, en sus valores y modos de vida.

Como lo señala Arrighi (1987), una proporción de la competitividad de estas empresas radica en los salarios que, en el caso de los territorios aquí analizados, permiten a estas empresas ser competitivas en el mercado mundial. Para los agronegocios, la presencia de las economías campesinas en los alrededores de las plantaciones es central para su estrategia de competitividad en el mercado mundial. Aquí, las familias campesinas conservan sus minifundios y no han sido desposeídas de sus medios de producción, que en la lógica de las empresas son tan importantes para el modelo de acumulación como lo son para los campesinos dentro de su estrategia de reproducción. Una complementariedad, al contrario de lo que sucede en la costa, es que la desestabilización de la economía campesina no es un proceso central, e incluso allí donde la economía campesina

tiene un poco más de recursos lleva a cabo estrategias económicas aprovechando los ingresos que provienen del trabajo asalariado de sus miembros.

El trabajo en las plantaciones de flores se caracteriza por una intensificación de la jornada laboral; es decir, que bajo la fachada del contrato por trabajo asalariado, las prácticas intensivas de trabajo apunta más bien, en los hechos, a disponer de un asalariado temporal permanente. Cuando los trabajadores no pueden cumplir con las cuotas asignadas, deben permanecer hasta cumplir la tarea sin recibir el pago por las horas extras realizadas (Korovkin y Sanmiguel, 2007:25). Esta situación, al parecer, no ha cambiado y continúa la práctica de esta modalidad de trabajo intensivo:

Aunque se paga un salario, y se supone que se trabaja siete horas de lunes a viernes y cinco horas los días sábados, en realidad el trabajo es a destajo, ya que se evalúa por cumplimiento de metas. Si no son cumplidas, el trabajador, por obligación, debe quedarse hasta completar el trabajo, con lo cual las horas extras o suplementarias desaparecen; caso contrario, entra en riesgo de ser multado, o despedido por bajo rendimiento (Fenacle *et al.*, 2011:62).

Actualmente, se dispone de varios estudios que señalan los altos costos ambientales y en la salud de los trabajadores, que mostrarían el “lado oscuro” del *boom* de las flores en el caso ecuatoriano. En efecto, el alto nivel de utilización de fertilizantes y plaguicidas en el proceso productivo afecta la salud de los trabajadores que tienen problemas neurológicos, dermatológicos y trastornos musculoesqueléticos (Fenacle *et al.*, 2011; Harari, 2004). Por otro lado, la contaminación ambiental se da por el desecho de los plásticos de los invernaderos y la contaminación del agua en estos territorios.¹³ Estos efectos todavía no han sido evaluados pero afectan sus patrones de cultivo y, en general, la vida cotidiana de las comunidades cercanas.

Uno de los efectos más notables se da en la organización social, pues las prácticas tradicionales de reciprocidad y solidaridad se han debilitado en la medida en que la población joven asalariada ya no responde a los requerimientos de la organización comunal y privilegia un comportamiento más individual. El nivel de intensificación del trabajo, la disponibilidad de un salario mensual, la vinculación con la economía de consumo en las ciudades cercanas, han generado un comportamiento más individualista que desvaloriza la organización y el trabajo centrado en la solidaridad comunitaria (Martínez, 2007; Korovkin y Sanmiguel, 2007).

¹³ En la zona de Cayambe se utilizarían 80 clases de químicos en la producción de una flor (Rubio, 2008:49).

A pesar de que objetivamente se ha desarrollado un proletariado rural el nivel de organización sindical es bajo, por no decir nulo.¹⁴ Por un lado, las empresas desarrollan estrategias tendientes a impedir la organización de los trabajadores; por otro, los mismos trabajadores, en la medida en que provienen de comunidades indígenas, no tienen un panorama claro sobre la forma de organización a través de la cual podrían mejorar sus condiciones laborales. La comunidad indígena todavía tiene un peso simbólico entre estos trabajadores pero, en su nueva relación laboral, no disponen de organizaciones que les permitan reclamar eficientemente sus derechos laborales.

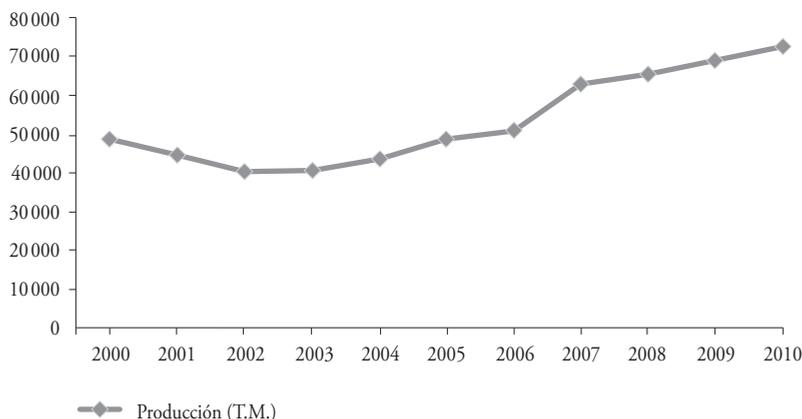
El movimiento indígena ecuatoriano, que todavía es mirado externamente como un baluarte de las movilizaciones sociales en el país, se encuentra en crisis, no sólo por el proceso de fragmentación interna entre las organizaciones indígenas,¹⁵ sino sobre todo porque no logra articular las demandas de sectores indígenas que no responden ya al paradigma concentrado en la plurinacionalidad y pluriculturalidad. Uno de los problemas no asumidos por la dirigencia de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie), por ejemplo, es el agudo proceso de proletarianización que afecta masivamente a los jóvenes de las comunidades indígenas de la sierra ecuatoriana, lo que supone un alto costo político al dejar prácticamente solos a estos trabajadores indígenas que no encuentran una forma de organización adecuada para defenderse de la explotación de las empresas capitalistas. La reciente marcha indígena, realizada entre el 8 y 22 de marzo de 2012, que recogió el justo rechazo a la minería en gran escala y a la Ley de Minería, si bien logró una reactivación de la movilización social, especialmente en la sierra, no logró una unificación real de las organizaciones indígenas. Éstas, continúan con sus propuestas aisladas en torno de la Ley de Tierras, de Aguas, de la Minería, sin lograr formar un bloque sólido a través del cual aglutinen el descontento de otros sectores sociales, especialmente del medio rural, que se ven afectados por la errática política pública hacia el campo, tal como lo explico más adelante.

¹⁴ En 2005 sólo cuatro empresas florícolas de las 400 que existían en Ecuador tenían sindicato (Korovkin y Sanmiguel, 2007:24).

¹⁵ Así, por ejemplo, la Confederación Nacional de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras respalda al gobierno de Correa, mientras la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador se encuentra claramente ubicada en la oposición. La Federación Interprovincial de Centros Shuar de la Amazonia llega a acuerdos con el gobierno para la realización de obras de infraestructura, asunto que no es aceptado por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador. Se expulsa a un líder indígena, presidente de la Ecuarunari por haber aceptado la designación de embajador en Bolivia, etcétera, *El Mercurio digital*, [www.elmercuriodigital.net/2011/11/ecuador-movimiento-indigena-fragmentado.html].

La expansión del cultivo del brócoli se ha desarrollado desde hace unos 10 años y obedece a la expansión de la demanda en el mercado mundial, principalmente Estados Unidos y, en menor medida, Alemania y Japón. Se calcula que en la provincia de Cotopaxi, donde se ha concentrado 68% de la producción de este cultivo existirían unas 700 hectáreas (Corpei, 2009) la mayor parte en manos de grandes empresas.

Gráfica 3.8. Producción de brócoli en T. M.



Fuente: Magap-Sigagro, 2012.

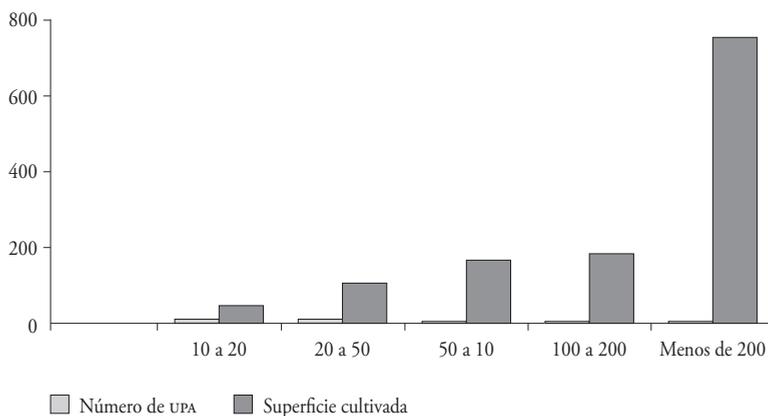
A diferencia del cultivo de las flores, el brócoli requiere de mayores superficies de tierra pues es un cultivo a campo abierto y demanda mano de obra para todas las fases del cultivo.¹⁶ Existe, en cierta medida, un proceso de concentración de tierras que se da ya sea por compra o por arrendamiento de las tierras anteriormente dedicadas a la ganadería.

El patrón del cultivo del brócoli tampoco permite la inserción de los campesinos sino en forma muy marginal, tal como sucede, por ejemplo, con los productores de la comunidad de Gatazo-Zambrano, en la provincia de Chimborazo, cuya producción finalmente se encuentra “encadenada” a las empresas exportadoras ubicadas en la provincia de Pichincha (Le Gall, 2008). En la provincia de Cotopaxi, en cambio, no existe producción de brócoli en manos de las unidades productivas campesinas, que al igual que en el caso de las flores abastecen de mano de obra barata a las empresas capitalistas.

¹⁶ “El brócoli genera más de 11 500 puestos de trabajo y mantiene a más de 4 000 familias en Ecuador”, Aprofel, citado por Le Gall (2008:264).

Todavía los campesinos conservan sus minifundios que se destinan a la producción de su subsistencia y también, marginalmente, al mercado.

**Gráfica 3.9. Tamaño de la UPA
y superficie cultivada de brócoli, provincia de Cotopaxi**



Fuente: INEC-Magap-SICA, III Censo Nacional Agropecuario, 2001.

El patrón de expansión del cultivo del brócoli en cambio causa importantes desequilibrios en el territorio por la concentración del agua, pues es un cultivo que demanda riego ya sea por gravedad o artificial, mientras los campesinos no disponen de este recurso sino en forma marginal.¹⁷

Por el momento, la expansión del brócoli en territorios como el de Cotopaxi no ha desestructurado la economía campesina pues, como sucede con las flores, es importante la presencia de una mano de obra barata que pueda acoplarse a los ritmos de la producción empresarial, en este caso es estacional, con mayores picos en las fases de siembra y cosecha y menor demanda en la fase de mantenimiento del cultivo. La mano de obra, especialmente la femenina, se acopla a este ritmo, en tanto que las unidades familiares todavía disponen de pequeñas parcelas para cultivos tradicionales.

¹⁷ Disponía de riego entre 79% y 100% de la superficie de los cultivos de exportación, mientras que sólo tenía riego entre 4% y 25% de la superficie de los cultivos de consumo, Fondo de Recursos Hídricos (2008).

La “contradictoria” política pública hacia el sector rural

Uno de los elementos que más llama la atención en el caso ecuatoriano es que se dispone de un marco legal de avanzado contenido social como la “Ley Orgánica del Régimen de Soberanía Alimentaria”, que consta en la Constitución de 2008, finalmente aprobada el 17 de febrero de 2009, y que apunta hacia un modelo más equitativo de desarrollo de la agricultura y, por otro lado, una serie de políticas orientadas a favorecer la consolidación de los agronegocios en el medio rural. En este acápite, trataré de explicar esta dualidad que se ha convertido en un verdadero escollo y no permite avanzar hacia el diseño de un modelo de sociedad rural más equitativo y solidario.

Entre los planteamientos centrales de la mencionada Ley de Soberanía Alimentaria vale la pena señalar dos para los objetivos de este trabajo; a saber: *a)* la política de tierras orientada a frenar la concentración de este recurso y disminuir el alto índice de Gini, y *b)* convertir a la agricultura familiar en el eje central de las políticas públicas orientadas al desarrollo rural y a la soberanía alimentaria. A estos ejes centrales se añaden dos dimensiones que atraviesan casi todas las políticas del actual gobierno y que son la “economía social y solidaria y el buen vivir rural”.

La política de tierras, efectivamente, levantó una importante expectativa entre el sector de indígenas y campesinos pobres que tenían la esperanza del inicio de un proceso de reforma agraria que permitiera la dotación de recursos como base de cualquier programa de desarrollo rural. En realidad, esta política ha perdido poco a poco su rumbo y actualmente se limita a la distribución de un fondo de tierras en poder del Estado como resultado de la recuperación de deudas de banqueros en quiebra, y tierras ociosas de las mismas instituciones del Estado, por expropiación y compraventa. Este fondo de tierras, que en realidad no termina por conformarse (entre 120 000 a 300 000 hectáreas), va a ser transferido a campesinos organizados bajo modalidades asociativas. Una política que no tiene nada que ver con la reforma agraria ni con procesos de distribución que sean el resultado de movilizaciones sociales, aspecto que brilla por su ausencia en el caso ecuatoriano.

Estos datos muestran las dificultades en la distribución de tierras por el Estado. En primer lugar, el fondo de tierras es muy pequeño y sólo lograron entregarse 17 807 hectáreas en los últimos tres años para un pequeño grupo de beneficiarios, la mayoría en la costa. En segundo lugar, existe un enredado proceso legal para disponer de las tierras que pertenecieron a banqueros quebrados durante la crisis bancaria de 1998. En tercer lugar, no existe presión social importante de los campesinos sin tierra que pueda conformar un sólido movimiento social y vaya más allá de esta política redistribucionista desde arriba y plantee la reforma agraria como eje central de la solución al problema

de la concentración de la tierra en el país y la construcción de una sociedad rural más democrática y equitativa.

Cuadro 3.3. Tierras entregadas en el Plan Tierras (2010-212)

<i>Regiones</i>	<i>Hectáreas</i>	<i>Núm. beneficiarios</i>	<i>Núm. asociaciones</i>
Costa	14 408.24	2 4172	35
Sierra	2 773.43	780	9
Amazonia	625.8	96	1
Total	17 807	3 048	45

Fuente: Magap, Subsecretaría de Tierras, 2012.

Los territorios de concentración de la tierra se encuentran justamente allí donde los agronegocios se han consolidado; es decir, en las provincias de Guayas, Los Ríos y Esmeraldas en la costa ecuatoriana. Significativamente, en estos territorios se hace una redistribución que llega a 80.9% de la tierra entregada, mientras en la sierra sólo se asignaron 15.6% y, en la Amazonia, 3.5%. La falta del elemento político desde abajo, la debilidad organizativa del medio rural, la presencia de un clientelismo arraigado entre las organizaciones campesinas, especialmente de la costa, son factores que contribuyen a la falta de presión política para lograr el cumplimiento efectivo de la Ley de Soberanía Alimentaria.

El otro eje de la política agraria es el fortalecimiento de la agricultura familiar que en principio debería cumplir un rol estratégico en la soberanía alimentaria. Ahora bien, la propuesta tanto del Magap como de otros ministerios se centra en los denominados “negocios inclusivos”, un término acuñado por la cooperación internacional y que aparece como solución mágica para los campesinos y el desarrollo rural.¹⁸ A través de los negocios inclusivos se busca la vinculación de los pequeños productores con las empresas capitalistas ubicadas en los territorios, para asegurar un mercado estable para sus productos y mejorar los ingresos y el bienestar de las familias campesinas. De hecho, ya durante los años noventa se puso énfasis en este modelo de encadenamiento de la pro-

¹⁸ Los negocios inclusivos se pueden definir como “iniciativas empresariales económicamente rentables, ambiental y socialmente responsables, que bajo una lógica de mutuo beneficio contribuyen a mejorar la calidad de vida de las comunidades de bajos ingresos, a través de su participación en la cadena de valor de un negocio”, sea como proveedores, distribuidores o consumidores de bienes y servicios”, Van Haeringen y De Jongh (2010:63).

ducción campesina de “*commodities*”, sobre todo en la producción del maíz duro, café y cacao, en los territorios de la costa, donde se desarrolló el Prolocal.

Uno de los agronegocios que más provecho sacó de este tipo de políticas fue la empresa Pronaca, considerada líder en el negocio del maíz duro, la producción de balanceados y los integrados de pollos, pavos, chanchos, además de palmito, y la producción de conservas de productos agrícolas.¹⁹ Lo interesante de este modelo es que busca articular a los campesinos con las empresas capitalistas monopólicas que controlan toda la cadena agroindustrial de transformación de productos agrícolas y ganaderos. En el mismo Magap existe el Programa Nacional de Negocios Rurales Inclusivos (Proneri) para desarrollar esta estrategia en todo el país, con la participación de 10 empresas capitalistas que controlan la producción de *commodities* agroganaderos.²⁰ Quedan dudas si este tipo de encadenamiento permita realmente el fortalecimiento de la agricultura familiar, por varias razones: *a)* no son los campesinos pobres los que se insertan en este tipo de negocios; *b)* los productores campesinos medios que se vinculan, deben entrar en una lógica economicista y productivista de gran escala, para la cual no están preparados; *c)* no existe una legislación transparente que regule la vinculación con las cadenas de valor, especialmente la agricultura de contrato; *d)* los riesgos los asumen totalmente los productores; la inversión de capital y la tecnología corren a cargo de los productores; *e)* la empresa controla monopólicamente la vinculación con los mercados nacionales e internacionales; *f)* la empresa impone unilateralmente los precios de acuerdo con las fluctuaciones del mercado mundial, y *g)* la producción familiar se desvincula de su cultura y se desenraiza del territorio.

Muchos de estos productores que al principio creían que se habían transformado en empresarios y, por lo tanto, socios iguales de las empresas, poco a poco llegan a reconocer que en realidad no son sino asalariados disfrazados de los agronegocios, que deben autoexplotarse indefinidamente si quieren conservar sus inversiones y su trabajo, una situación que no sólo se da en nuestros países sino incluso en países del norte, como Estados Unidos (Lewontin, 2000).

La pregunta central: ¿es este modelo el que permite un fortalecimiento de la agricultura familiar y de esta forma puede vincularse la producción campesina con la seguridad y soberanía alimentaria?

¹⁹ Hacia 2010, esta empresa ocupaba el séptimo lugar entre las más grandes del país, el sexto lugar entre las empresas no petroleras y el primer lugar entre las empresas de alimentos, con un total de ingresos de 657.83 millones de dólares, superando incluso a la multinacional Nestlé, Ekos (2011:68).

²⁰ Las 10 empresas anclas a través de las cuales el Proneri plantea la integración de la producción campesina son: Nestlé, Energy Palma, Floralp, Nintangá, Agroparaiso, Transmar, Triari, Canolandia, Cuycuna, El Ordeño, Ecuavegetal, Agroficial, Palmeras del Ecuador, Providencia, *Diario La Hora* (2010).

Cuadro 3.4. Prioridades del Plan Nacional Agropecuario, 2007-2011

	<i>Inversión estimada en millones de dólares</i>	<i>Porcentaje del total de inversiones</i>	<i>Incremento de la producción en millones de dólares</i>	<i>Incremento de la superficie cultivada en hectáreas</i>
Agrocombustibles (palma, caña y maíz duro)	241	44.67	145.2	150 000
Cacao	80	14.83	23.2	50 000
Prod. exportación	60	11.12	4	20 000
Ganadería bovina	60	11.12	130	88 000
Cultivos tradicionales (papa, maíz suave, frijol, yuca, hortalizas, etcétera)	66	12.23	5.6	110 000
Arroz	32.5	6.02	59.1	50 000
Total	539.5	100.0	376	468 000

Fuente: Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, Plan de reactivación productiva del sector agropecuario, 2007-2011.

Para complicar un poco más el panorama de confusión sobre las políticas públicas hacia el campo, el gobierno está empeñado en impulsar un programa de apoyo a los bio-combustibles, lo que supone la consolidación de los cultivos concentradores de tierra, como la palma africana, la caña de azúcar, la expansión del maíz duro y el desarrollo de nuevos cultivos como la higuera, el piñón (*jatropha*) y la colza (Bravo, 2007). Como se observa en el cuadro 3.4, 45% de las inversiones del Plan Nacional Agropecuario se dirigen hacia los agrocombustibles, mientras que tan sólo 12% a los cultivos tradicionales. Todo este paquete de políticas no tiene tampoco nada que ver con el fortalecimiento de la agricultura familiar campesina, a no ser que en el lenguaje economicista se haya producido milagrosamente una metamorfosis de la economía campesina en economía empresarial.

Lo cierto es que en las políticas públicas predomina una visión economicista que se concentraría en dos líneas principales de acción: por un lado, el fortalecimiento de los agronegocios, en cuanto aportan divisas al país a través de la exportación de *commodities* y, por otro, la alternativa de encadenamiento de los productores campesinos con

más recursos a las empresas agroindustriales como solución al desarrollo rural. En este enfoque, no existiría mayor contradicción en la perspectiva desarrollista-productivista del gobierno, pero sí una radical propuesta de tipo empresarial que no tiene mucho que ver con la Ley de Soberanía Alimentaria ni con la búsqueda de mayor equidad en el medio rural.

Pierde piso la propuesta de la Ley de Economía Social y Solidaria, así como la propuesta del “buen vivir” que se ha convertido en el eslogan de turno más utilizado, tanto por el gobierno como por los movimientos sociales para justificar una visión nada realista de lo que sucede en el medio rural.²¹ En efecto, el rumbo de las políticas económicas parece ser que camina hacia la consolidación de una agricultura empresarial capitalista de alto rendimiento, que terminará subsumiendo a la agricultura familiar. No hay nada de “buen vivir ni de economía solidaria” en este proceso, pues no se vislumbra la conformación de un espacio económico fuerte con características alternativas a la capitalista, lo que supondría la dotación de recursos estructurales básicos (principalmente, tierra y agua), que permita sentar las bases de la economía solidaria y, por lo tanto, del buen vivir. Mientras tanto, el capital hace su trabajo y ha creado un proletariado rural que permanece invisible a las políticas públicas, pero que es la base real de la valorización del capital en el medio rural a través de un mercado de trabajo al mismo tiempo flexible y precario. Nadie discute sobre las características de la conformación de un proletariado étnico en las zonas florícolas, ni sobre los sistemas de explotación de la mano de obra en las plantaciones de la costa, o la proletarización “oculta” de los productores encadenados a los agronegocios. Para colmo, todavía se piensa que la solución a los problemas del medio rural puede pasar por incrementar la educación, el emprendedurismo, sin pensar que la población rural ha envejecido, y permanecen mayoritariamente las mujeres, mientras los jóvenes buscan la alternativa de salir del medio rural donde no encuentran nada que les retenga. No es de extrañarse, entonces, que encontremos en alguna de las propuestas oficiales la alternativa del “turismo rural” como solución mágica de los problemas que afectan a la población más pobre. ¿No es esto un síntoma de que después de medio siglo de errores no se ha aprendido mucho sobre lo que sucede en el campo?

²¹ En quichua ecuatoriano se dice *sumak kausay* para indicar un modo de vida en armonía con la naturaleza, basado en relaciones de solidaridad que supuestamente predominarían entre las poblaciones indígenas. Pero, como lo señala Viola: “la literatura disponible sobre el tema, centrada en ideales culturales abstractos y en percepciones subjetivas, no nos ha aportado hasta el momento ninguna explicación práctica sobre cómo es posible el buen vivir para una familia campesina (de entre los centenares que mal viven en idéntica situación en la región andina), que dispone de menos de una hectárea de tierra”, Viola Recasens (2011:296).

Conclusiones

Durante las dos últimas décadas se ha consolidado un modelo de agricultura empresarial cimentado en los agronegocios y orientado hacia el mercado mundial. Mientras tanto, la agricultura campesina está subordinada a esta dinámica y experimenta los efectos más negativos en los territorios de la costa, donde el agronegocio se ha impuesto a través de procesos de concentración de tierra y agua. Aquí pueden encontrarse procesos de desestructuración campesina y de ampliación de un proletariado rural que se desenvuelve en el marco de un mercado de trabajo flexible, en tanto fuerza de trabajo precaria completamente desligada de la economía familiar. Pero también existe otro proceso, más reciente, de consolidación del agronegocio que no requiere concentración de la tierra, en territorios de la sierra central donde todavía persiste la economía campesina. En este último caso, la presencia de las unidades familiares es vital para la acumulación capitalista pues parte de la reproducción de la mano de obra no está a cargo de las empresas capitalistas, lo que permite disponer de fuerza de trabajo barata y ser competitivos en el mercado de las flores y el brócoli en el mercado global.

Lo sorprendente, en ambos casos, es que no se encuentra mayor resistencia en los territorios, a pesar de que en el primer tipo se produce una desestructuración campesina y los asalariados viven en los pequeños poblados y ciudades que se han formado en el *hinterland* de las plantaciones; en el segundo, se ha dado una intensificación del trabajo en las plantaciones sin ruptura completa con las unidades familiares. Una explicación que está por dilucidarse es que, al menos en el caso de la sierra, la proletarización es reciente y se da en condiciones de proximidad, tales que no permiten asimilar políticamente el significado de la venta de la fuerza de trabajo y el efecto en la unidad familiar. No existe el “distanciamiento” necesario para entender la subsunción del trabajo al capital, dado que es asumido como algo positivo para el empleo e ingreso de las familias. Es más, el ingreso en manos de los jóvenes asalariados en canalizado a la economía del consumo, donde pueden acceder al mundo de las mercancías hasta entonces vedado y ahora al alcance de la mano. En este sentido, estos trabajadores habrían superado coyunturalmente la situación de ser “consumidores defectuosos” para pasar a ser parte de los no pobres; es decir, de aquellos que sí pueden consumir (Bauman, 2003:64). Sin duda, la realización en el mundo del consumo y no del trabajo es parte de la globalización que desterritorializa a las personas, la familia y la comunidad.

Los esfuerzos del Estado, a través de las políticas de desarrollo rural, en la medida en que se centraron en un enfoque sectorialista —es decir agrarista—, sin entender la complejidad de los territorios y la importancia de las actividades extra agrícolas entre la población con pocos recursos, no lograron solucionar el problema de la pobreza rural ni impulsar

procesos más amplios de consolidación de campesinos medios vinculados al mercado. Insistir en los mismos territorios durante cuarenta años, con la misma visión proyectista desde arriba, a ver si se producía el milagro del desarrollo, no generó ningún proceso virtuoso. El único éxito territorial en el país (el caso Tungurahua) se dio gracias a la densificación de iniciativas de productores vinculados a mercados de proximidad, en contextos donde no existía un *path dependence* respecto de la hacienda, justamente porque era un territorio de minifundios altamente productivos, pero sin mayor intervención externa, ni del Estado ni de las ONG (Martínez y North, 2009).

El agronegocio ha creado un nuevo proletariado rural que merece ser visibilizado por las políticas públicas en su diversidad y en su potencialidad. En la costa, se ha conformado un amplio sector de asalariados rurales ya desposeídos de sus medios de producción, una verdadera fuerza de trabajo “libre”, que vende su mano de obra en los mercados de trabajo que tienen la doble característica de ser flexibles y precarios al mismo tiempo. En la sierra, se ha creado un proletariado étnico proveniente de las comunidades indígenas y campesinas conlindantes, que de alguna manera conservan todavía sus medios de producción. El capitalismo agrario se aprovecha de esta situación que en la lectura economicista podría entenderse como una ventaja competitiva, ya que dispone *in situ* de un verdadero “ejército de reserva”, sin preocuparse de su reproducción (Marx, 1975).

Las políticas públicas del actual gobierno están reñidas con la misma legislación para el agro. Al no existir una política de reforma agraria, se la ha suplantado por una política minimalista de repartición de tierras por el Estado, que sólo apunta a disminuir en unos puntos el índice de Gini. Mientras tanto, las propuestas más habituales se dan sobre cómo articular a los productores familiares con más recursos a las “empresas clave”, normalmente agronegocios en los territorios, y consolidar el encadenamiento de corte empresarial capitalista.

No es por azar que la pobreza se haya “enraizado” en el medio rural; así como tampoco que se haya instalado en los territorios más ricos y productivos, como la costa ecuatoriana. El modelo de los agronegocios ya está funcionando y mientras predomine la visión economicista de sólo considerar el crecimiento por el crecimiento, no habrá espacio para la construcción de una sociedad más equilibrada donde se valore el rol de la sociedad rural, de los campesinos e indígenas, y su aporte a la cultura y economía nacionales.

Bibliografía

- Acción Ecológica (2011), *El bosque del Pambilar, la justicia tarda pero llega*, Acción Ecológica, Quito [www.accionecologica.org/bosques-y-plantaciones/madereo-explotacion-forestal/documentos-ae/1384-el-bosque-del-pambilar-la-justicia-tarda-en-llegar-pero-llega], consultado el 6 de diciembre de 2012.
- Arrighi, Giovanni y Fortunata Piselli (1987), "Capitalist Development in Hostile Environments: Feuds, Class Struggles and Migrations in a Peripheral Region of Southern Italy", *Review*, vol. 4, núm. 10, pp. 649-755.
- Bauman, Sigmund (2003), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Genisa, Barcelona.
- Bernard, Alain (1982), *Diagnóstico socio-económico del sector rural ecuatoriano*, Ministerio de Agricultura y Ganadería, Guayaquil.
- Bernstein, Henry (2011), "A dinâmica de classe do desenvolvimento agrário na era da globalização", *Sociologias*, núm. 27, pp. 52-81.
- Bravo, Elizabeth (2007), *Agrocombustibles y el fortalecimiento de los agronegocios en América Latina*, ponencia presentada al 5° Congreso Brasileño de Agroecología, Guarapari, [estudiosecologistas.org/docs/reflexion].
- Chevalier, Pascal (2009), "Rural et ruralité. Deux concepts aux multiples contenus", en Alain Berger, Pascal Chevalier, Geneviève Cortes y Marc Dedeire, *Héritages et trajectoires rurales en Europe*, L'Harmattan, París, pp. 41-60.
- Chiriboga, Manuel y Brian Wallis (2010), *Diagnóstico de la pobreza rural en Ecuador y respuestas de política pública*, Proyecto Conocimiento y Cambio en Pobreza Rural, RIMISP, Santiago, noviembre, [www.rimisp.org/wpcontent/files_mf/1366317392/Diagnosti...pdf].
- Corpei (Corporación de Promoción de Exportaciones del Ecuador) (2009), *Perfil de brócoli*, Corporación de Promoción de Exportaciones del Ecuador, Quito, [www.corpei.org].
- Ekos negocios (2011), *Ranking Empresarial 2011*, núm. 207, Ekos negocios, Quito, [www.ekosnegocios.com/negocios/REV_paginaEdicion.aspx?edicion=207#], consultado el 6 de diciembre de 2014.
- Entrena Durán, Francisco (2009), "La desterritorialización de las comunidades locales rurales y su creciente consideración como unidades de desarrollo", *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, núm. 3, [cederul.unizar.es/revista/num03/indice.htm], consultado el 6 de diciembre de 2013.
- Fenacle (Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador), Corporación para el Desarrollo de la Producción y el Medio Ambiente Laboral, Fondo de Cooperación al Desarrollo y Federación Na-

- cional Velasquista (2011), *Condiciones de trabajo y derechos laborales en la floricultura ecuatoriana*, Corporación para el Desarrollo de la Producción y el Medio Ambiente Laboral, Quito.
- Fischer, Sabine (1983), *Estado, clases e industria. La emergencia del capitalismo ecuatoriano y los intereses azucareros*, El Conejo, Quito.
- Fondo de Recursos Hídricos (2008). Véase Antonio Gaybor, Alex Ramos, Christian Tamayo *et al.* (2008), “El despojo del agua y la necesidad de una transformación urgente”, ponencia presentada en el V Encuentro Nacional del Foro de Recursos Hídricos, Foro de Recursos Hídricos, Quito, [www.laredvida.org/im/bolentines/despojo.pdf], consultado el 6 de diciembre de 2013.
- García, Francisco (2007), “¿Un nuevo modelo rural en el Ecuador? Cambios y permanencia en los espacios rurales en la era de la globalización”, *Íconos*, núm. 29, pp. 77-93.
- Gaybor, Antonio, Alex Ramos, Christian Tamayo *et al.* (2008), “El despojo del agua y la necesidad de una transformación urgente”, ponencia presentada en el V Encuentro Nacional del Foro de Recursos Hídricos, Foro de Recursos Hídricos, Quito, [www.laredvida.org/im/bolentines/despojo.pdf], consultado el 6 de diciembre de 2013.
- Gerber, Julien-François y Sandra Veuthey (2010), “Plantations, Resistance and the Greening of the Agrarian Question in Coastal Ecuador”, *Journal of Agrarian Change*, núm. 10, vol. 4, pp. 455-481.
- Granovetter, Mark (2000), *Le marché autrement. Les reseaux dans l'économie*, Desclée de Brouwer, París.
- Harari, Raúl (comp.) (2004), *Seguridad, salud y ambiente en la floricultura*, Corporación para el Desarrollo de la Producción y el Medio Ambiente Laboral / Programa de Modernización de los Servicios Agropecuarios, Quito.
- Harvey, David (2009), “El desarrollo capitalista no se fundamenta necesariamente sobre la proletarización total”, entrevista con Giovanni Arrighi, *Herramienta*, Buenos Aires, [www.herramienta.com.ar/harvey-david/el-desarrollo-capitalista-no-se-fundamenta-necesariamente-sobre-la-proletarizacion-tota], consultado el 6 de diciembre de 2013.
- Jácome López, Germán y Natalia Landivar García (2009), “El silencioso y enmascarado avance de la palma en la cuenca medio del río Guayas: el caso del Recinto El Samán”, en María Silvia Emanuelli, Jennie Jonsén y Sofía Monsalve Suárez, *Azúcar roja, desiertos verdes*, Food First Information and Action Network / Habitat International Coalition, América Latina / Solidaridad Suecia América Latina, pp. 191-197.
- Kay, Cristóbal (2007), “Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina”, *Íconos*, núm. 29, pp. 31-50.

- Klein, Emilio (2009), “Condicionantes laborales de la pobreza rural en América Latina”, en José Francisco Graziano da Silva, Sergio Gómez y Rodrigo Castañeda S. (eds.), *Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural. Estudio de ocho casos*, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Roma, pp. 15-64.
- Korovkin, Tania y Olga Sanmiguel (2007), “Estándares de trabajo e iniciativas no estatales en las industrias florícolas de Colombia y Ecuador”, *Íconos*, núm. 29, pp. 15-30.
- Le Gall, Julie (2008), “El brócoli en Ecuador: la fiebre del oro verde. Cultivos no tradicionales, estrategias campesinas y globalización”, *Anuario Americanista-Europeo*, núm. 6-7, Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina / Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina, pp. 261-268.
- Lewontin, R.C. (2000), “The Maturing of Capitalist Agriculture: Farmer as Proletarian”, en Fred Magdoff, John Bellamy Foster y Frederick H. Buttell, *Hungry for profit*, Monthly Review, Nueva York, pp. 93-106.
- Martínez Valle, Luciano (1995), “Dinámica de los campesinos-artesanos en la sierra central del Ecuador”, *Debate Agrario*, núm. 23, pp. 69-88.
- ____ (2003), “Los nuevos modelos de intervención sobre la sociedad rural: de la sostenibilidad al capital social”, en Víctor Bretón y Francisco García (eds.), *Estado, etnicidad y movimientos sociales en América Latina*, Icaria, Barcelona, pp. 93-106.
- ____ (2004), “Trabajo flexible en las nuevas zonas bananeras del Ecuador”, en Tania Korovkin (ed.), *Efectos sociales de la globalización*, El Centro para la Investigación y el Desarrollo de los Movimientos Sociales del Ecuador / Abya Yala, Quito, pp. 129-155.
- ____ (2007), “Precariedad y desigualdad social en el agro ecuatoriano”, en Víctor Bretón, *Ciudadanía y exclusión: Ecuador y España frente al espejo*, Catarata, Madrid.
- ____ (2009), “Repensando el desarrollo rural en la dimensión del territorio”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 87, pp. 27-45.
- ____ y Liisa North (2009), *Vamos dando la vuelta. Iniciativas endógenas de desarrollo local en la sierra ecuatoriana*, Facultad Latinoamericana de Estudios Sociales, Quito.
- Marx, Karl (1975), *El Capital*, Libro I, capítulo VI (inédito), Siglo XXI, México.
- Mesclier, Evelyne (2011), “Territoires et stratégies des sociétés locales face à l’agri-business”, en College International des Sciences du territoire, *Colloque International, fonder les sciences du territoire*, GIS College International des Sciences du territoire, París, pp. 333-37, [www.gis-cist.fr/CIST-Colloque-preactes.pdf], consultado el 10 de diciembre de 2013.
- Pecqueur, Bernard (2009), “Le tournant territorial et les nouvelles régulations en milieu rural”, en Alain Berger, *Héritages et trajectoires rurales en Europe*, L’Harmattan, París, pp. 41-60.

- Pedreño Canovas, Andrés y Germán Quaranta (2002), “Introducción. Trabajo y sociedad en los campos de la globalización agroalimentaria”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 22, pp. 9-27, [revistas.um.es/areas/index], consultado el 3 de enero de 2014.
- Rubio, Blanca (coord.) (2008), *Formas de explotación y condiciones de reproducción de las economías campesinas en el Ecuador*, Fundación Heifer Ecuador / Ediciones la Tierra, Quito.
- Van Haeringen, Reintje y Robert de Jongh (2010), “Los negocios inclusivos en el sector agropecuario: práctica y desafíos”, *Revista Estudios Agrarios*, núm. 44, pp. 63-74, [www.pa.gob.mx/publica/PA074401.html], consultado el 3 de enero de 2014.
- Ventura, Flaminia y Van Der Ploeg, Jan Douwe (2010), “Rural development: some tentative conclusions”, *Rivista di Economia Agraria*, vol. LXV, núm. 2, pp. 319-335, [www.inea.it/public/it/publicazioni.php], consultado el 3 de enero de 2014.
- Vinueza, Amanda (2009), “La inserción de los pequeños productores maiceros organizados del cantón Ventanas en la agricultura por contrato y el desarrollo local”, tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Estudios Sociales, Quito.
- Viola Recasens, Andreu (2011), “Desarrollo, bienestar e identidad cultural: del desarrollismo etnocida al sumak kausay en los Andes”, en Pablo Palenzuela y Alessandra Olivi (coord.), *Etnicidad y desarrollo en Los Andes*, Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 255-302.
- Weemalls, Natalie (2009), *Uso y aprovechamiento del agua: situación nacional y propuesta*, núm. 10, Universidad Andina, Quito, [www.sindicatosporelagua.org/documentos/Ecuador/leyes/Usos_y_aprovechamientos_del_agua_NWeemaels.pdf], consultado el 3 de diciembre de 2014.
- Yumbla Mantilla, Rosa María (2011), “Encadenamiento agroalimentario: ¿solución sustentable de desarrollo rural o consolidación del poder agroindustrial?”, *Eutopia*, núm. 2, pp. 115-134.